me améis y vengáis aquí á decírmelo con frecuencia.

—Si yo pudiese—dijo la condesa—estaría siempre á vuestro lado. Pero—continuó con sobresalto—ha llegado el momento de separarnos.

—¿Tan pronto? — murmuró Antony. — Esa es la felicidad; lenta para llegar, rápida para huir.

—Volveré.

—Volveréis, sí; pero, cuando os hayáis marchado, cuando no os pueda oir ni veros, como os decía hace poco, voy á creer todavía...

—¿Que todo era un sueño?

—¡Me he engañado tantas veces!

—Dios mío! ¿Qué es necasario hacer para convenceros que no soy un fantasma? ¡Ah! —dijo Mme. de Rouvres, cogiendo las flores que llevaba prendidas en su talle—os dejo una prueba de mi estancia aquí; ¿éstáis satisfecho?

—No me atrevía á suplicároslo.

—Podíais cogerlas. Pero—añadió sonriendo la condesa—no creáis que es un regalo, porque, en cambio de mis flores, me llevo las vuestras.

Cesarina tomó uno de los ramos de camelias que había sobre la chimenea.

—¿Partís?

—Sí, y muy dichosa por dejaros feliz. Mañana volveré más dichosa aún, porque mañana...

—¿Mañana?... preguntó Antony.

—No sabréis nada más esta noche; os prohibo que me acompañéis.

La condesa salió.

—¡Oh!—dijo Antony, cuando se quedó solo.—Amo á esa mujer con toda mi alma.

Al llegar á su casa, Mme. de Rouvres encontró á Mr. de Neuil, que la esperaba.

—Querida sobrina — le dijo al verla— apuesto lo que quieras á que no vienes del baile.

—¡Oh!, tío mío—contestó la condesa, ruborizándose—¡cuánto le amo!

—Si ya lo veo, querida niña, por eso es tiempo ya de terminar esa poesía con la prosa de un notario, y voy á procurarlo. Buenas noches.

—Haré cambiar mi *boudoir* blanco, tapizándolo de rosa—murmuró Cesarina.

IX

El matrimonio

Ha llegado el instante de vestirnos el frac, calzarnos guantes blancos y asistir á la boda. Una mañana, todo París, es decir, esa porción de la sociedad parisina, que estrechándose un poco cabe en la sala Ventadour, y estrechándose mucho cabe en el salón de A··· ó de X···, encontró al despertar una esquela de enlace, concebida en estos términos:

«*El conde Antony de Sylvers tiene el honor de participar su enlace con Mme. Cesarina de Rouvres, y de rogar la asistencia á la bendición nupcial, que les será dada mañana en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.*»

Tal boda parecía á todo el mundo una cosa tan monstruosamente extraña, que á pesar de la esquela oficial que habían recibido, muchas personas la pusieron en duda y esperaron la celebración del acto para rendirse á la evidencia.

Durante el día que precedió al del matrimonio de Antony y de Cesarina, toda la sociedad aristocratica permaneció emocionada; no se oían por todas partes más que interrogaciones y exclamaciones.

—¿Sabéis la noticia?

—¿Habéis recibido la esquela de participación?

—Sí, ¡ah! bah! gran Dios! ¿qué me decís? ¿quién lo hubiera creído? etc., etc.

Y así en todas partes. Los nombres de los novios estaban en todos los labios. Todo se olvidó, para no ocuparse más que de ellos. Nunca suceso extraordinario, caído súbitamente desde la altura de lo imposible, habría causado estupefacción mayor.

El día siguiente, cuando llegó la hora de la ceremonia, los invitados llegaron á la iglesia en donde el acto religioso debía tener lugar. A las doce, y seguidos de los testigos y parientes, llegaron los esposos.

A la cabeza de la comitiva iba Mr. de Neuil, con aire orgulloso, la frente alta, y lanzando sobre la concurrencia una mirada de triunfo.

En aquel momento, el buen anciano tenía la actitud de un autor que, á pesar de las cábalas del público y del pésimo trabajo de los autores, ve aplaudida su obra.

Razonablemente, esta vez la duda no estaba permitida, no era posible ni podía admitirse un error de nombres. La identidad estaba bien probada: Mme. de Rouvres y el conde Antony de Sylvers venían á renovar ante el sacerdote, que representaba á Dios, el juramento que habían hecho ya ante el magistrado, que representaba á la Ley.

Parecía imposible, pero era verdad.

Concluída la ceremonia, la multitud que asistía á la boda ocupóse en buscar, observando la actitud de los dos esposos, las circunstancias que habían dado lugar á esta unión, que nadie quería creer fuera un matrimonio de conveniencia.

Durante todo el tiempo que duró la misa nupcial, los asistentes y la mayoría de los espectadores no cesaron de observar la fisonomía de los recién casados y la de los que les acompañaban, deseando sorprender un gesto, una mirada ó cualquier otro detalle insignificante, capaz de ponerles sobre la pista de este extraño enigma que acababa de serles propuesto de improviso.

Cualquiera que fuese la atención que

prestaron para conseguir su objeto, no les fué posible sorprender ningún indicio sobre el cual basar una suposición.

Aquella boda se parecía absolutamente á todas las demás ceremonias de ese género, donde un hombre, vestido de negro de pies á cabeza, da la mano á una mujer vestida de blanco de la cabeza á los pies. Porque por una audaz derogación de la costumbre establecida para las viudas, Mme. Cesarina de Rouvres reemplazó el virginal emblema del azahar por camelias, y vestía la blanca *toilette* de las novias.

Fué inútil querer conocer por el semblante de los nuevos esposos las impresiones que sentían en aquel momento solemne. Arrodillados ambos uno junto al otro, parecían absortos por la ceremonia y semejaban dos estatuas.

Los parientes y los amigos íntimos reunidos con ellos, permanecieron impasibles durante la ceremonia. Pertenecían á esa clase escogida de figurantes que lo mismo asisten á una boda que á un entierro y que ciñen los gestos de su rostro á las exigencias de los actos en que se encuentran.

Separóse, concluído el acto, aquella multitud curiosa, conviniéndose en que semejante boda era á todas luces extraordinaria, y sin saber á qué causas misteriosas había obedecido.

X

El «post-scriptum» de un contrato de boda

La luna de miel de los esposos duró dos años.

Un día, entre las hojas de una novela que leía su mujer, Antony encontró la carta que su amigo Antonio le había dirigido la víspera de su partida.

—¿Por qué ha conservado mi mujer esta carta?—se preguntó. La metió en un sobre y la remitió á Antonio, médico entonces en una capital de provincia. Ocho días después Antony recibió del doctor Antonio un paquete, dentro del cual vió muchas cartas de la condesa de Sylvers, todas ellas con fechas posteriores á su matrimonio y firmadas solamente *Cesarina*.

—Vamos,—dijo Antony, he ahí mi última ilusión que muere ¡al menos ésta ha vivido dos años!

FIN